Cuando la comisión se retiró, volví en derredor la vista, y los muebles, los tapices y las cartas, objetos todos con los cuales me iba encariñando, como buen oficinista, me causaron cierta repugnancia. Parecióme también que toda la ciudad me había visto dar aquella moneda, y no sé por qué me dieron ganas de esconderme detrás de una cortina.

Dos ó tres días después, comenzaron á celebrarse juntas á que asistian solamente los empleados de cierta categoría, y en las cuales se trataba del banquete. Nombráronse las comisiones necesarias, como las de ornato, de invitación, de *menu*, etc.; y de algunas se dijo que habian sido solapadamente solicitadas ó ganadas con maña por ciertas personas, ignoro con qué objeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

San Liborio.

NUNCA había yo imaginado regocijo tan grande ni demostraciones tan entusiastas como las que el día veintitres de Julio sorprendieron mi candidez *pedreña* y asombraron mis sentidos. El orden del programa no difería esencialmente del que cada año se observaba en mi pueblo el diez y seis de Setiembre: pero el ruido, el barullo, el ir y venir, el cuerpo en general de todas las cosas y de todos los actos, crecía en la capital

del Estado, en la misma proporción que ésta guardaba con respecto á San Martín de la Piedra.

Hubo, como había en en San Martín, música al amanecer, sazonada con disparos de cañón; después del desayuno recepción en la casa del Gobernador, á la cual ningún empleado dejó de asistir, distinguiéndose los jefes de oficina por el discursillo leido en nombre de cada grupo; hubo muchos cohetes á toda hora, muchas salvas de artillería y mucha música militar con bombo y redoblante.

Yo estaba allí desde muy temprano, pues los empleados de la Secretaría del Gobierno entre los que yo me colé bonitamente, quisieron ser los primeros en felicitar al Gobernador; y á decir verdad, estaba yo animado y contento.

En el amplio salón no cabían á las once de la mañana las personas presentes, y aun faltaban las de más alta esfera, que aguardaban para asomar, á que llegara la hora de las visitas de *guante blanco*. Yo me coloqué en un rincón para no correr el riesgo de tener

que ceder mi asiento á gentes de calidad, envidiado por los muchos empleados que tenían que permanecer en los corredores ó agrupados en las puertas.

Vaqueril estaba radiante. La satisfacción se revelaba en su semblante acartonado y le salía por todos los poros del cuerpo. En aquel momento se sentía más gobernador que nunca. Paseaba la turbia mirada por todo el salón, satisfecho y sonriente, con la fruición deliciosa que debe de sentir el avaro que contempla su tesoro; y cuando Panchito entraba corriendo y se echaba de bruces sobre sus rodillas, le acariciaba pesadamente la cabeza con estudiada formalidad y señorío.

El rumor de los cuchicheos llenaba el salón cada cual hablaba en voz baja con el vecino, sin descuidar la atención que merecían las importunas entradas y salidas de Panchito, para quien cada concurrente tenía una mirada ya de asombro, ya de cariño. Sólo el señor Vaqueril y los que con él hablaban, tenían el privilegio de hacerse oír, circunstancia que yo trataba de aprovechar para escuchar algo

bueno, pero apenas pude percibir frases comunes y corrientes.

—¿Qué edad tiene el niño? preguntó el Contador de la Tesorería, inclinando el cuerpo y alargando el pescuezo hacia el Gobernador:

—Siete años, contestó Vaqueril; está mudando dientes.

—¡Caramba! exclamó el interpelante ¡si representa diez!

—¡De veras qué sí! dijo el Administrador de Alcabalas; está muy desarrollado.

El muchacho se miró las pantorrillas, enseñó los dientes al Contador y echó á correr.

Una carcajada general acogió aquella grosera gracia, y de todas partes salía esta exclamación unánime:

—¡Es *muy vivo!*

—Realmente, dijo Don Sixto Liborio, poniendo en sus labios una sonrisa de gobernador; es muy vivo, es el más vivo de todos.

—Pues mire vd. que Sixtito.... observó el alcabalero.

—Cada año se lleva tres premios, dijo otro.

—Sí, es verdad, concluyó Vaqueril; pero este es el más vivo. Este sacó la *viveza* de su mamá.

—¡Ah!

La Comisión del Tribunal Superior vino á interrumpir la plática. Dos magistrados vestidos de rigurosa etiqueta se presentaron en el dintel de la puerta, y todo el mundo se puso en pié. Uno de ellos dirijió al Gobernador la arenga de costumbre; pero con tan menguada voz y tan frecuente tosecilla seca, que nada pude oir, sino fueron las palabras: *excelsas virtudes*, *patricio*, *nave del Estado*, y alguna otra proporcionada al asunto y al personaje.

Moderada sonrisa, dos inclinaciones de cabeza y el ademán de ofrecer asientos, fueron como en todos los casos análogos anteriores, la elocuente contestación del Sr. Vaqueril.

Los cuchicheos comenzaron otra vez, alguna de las bandas de música tocó *una* mazurca, y Panchito entró de nuevo, para ver de cerca á los magistrados.

La conversación reanudada entre el Gobernador y sus vecinos, no podía llegar á mis

oidos en aquel momento. Las interrupciones se sucedían, y era mayor el tiempo que teníamos que permanecer en pié que el que gozabamos de descanso. El Juez del Registro Civil pronunció su discurso; el Jefe de Hacienda habló en nombre del Fisco; el General Baraja, Jefe político del Centro, en nombre de su Distrito; un maestro de escuela leyó versos, y un catedrático recitó un soneto acróstico que se repartió impreso, y que decía con las iniciales de los versos *Sixto L Vaqueril.*

A las doce en punto, las músicas lanzaron por sus anchas bocas de latón una marcha de honor que entonces privaba en la ciudad, y todos los concurrentes, menos yo, comprendieron la alta significación que tenía. Pusímonos en pié, abrió ancha valla la gente agrupada en la puerta, y penetró en el salón la comisión del Congreso. Tres diputados la componían: Miguel Labarca, como orador; el Coronel D. Mateo Cabezudo, como hombre de gran reputación militar, y el alto y enjuto Don Simplicio Sequedal, hermano de *la Gobernadora*, como pariente cercano.

Miguel se detuvo con su natural gallardía á tres pasos del Gobernador, quedando entre sus dos compañeros; serio, desembarazado y con noble entonación dirigió á Vaqueril una felicitación decorosa, y pronunciada con la soltura que sólo sabe mostrar el que improvisa seguro de que no ha de atársele la lengua. Le tenía yo mucha ley, y me habría seducido completamente su alocución, si no hubiera yo notado en el arqueo del brazo derecho y en la manera de tirar del puño de la camisa, ciertos indicios de vanidad mal contenida.

La presencia del Coronel Cabezudo me desconcertó y aturdió de pronto, pues teniamos pendiente cierta cuentecilla, y desde mi llegada á la capital sólo le había visto de lejos. Sentáronse todos, y repuesto yo de aquella impresión primera, pude notar el cambio prodigioso obrado en el Coronel por la cultura de la ciudad.

La barbería había tomado en ello parte muy principal y notoria; pues recortados los cabellos y domada un tanto su rebelde elasticidad á influjo de pegajosa pomada, asen-

tados y mejor dirigidos los asperos bigotes, y bien rapada la barba, el aspecto de Don Mateo se había modificado, adquiriendo su semblante cierta benignidad de fiera amansada. Las prendas de vestir, aunque de acuerdo con la moda, le caían malísimamente; pues le faltaba eso que se llama *saber llevar* un traje. Parecía que la levita evitaba, alejándose, el contacto de aquel corpachón; la corbata caía relajada sobre el pecho, y el cuello de la camisa permitía á la pletórica garganta más holgura de la que demandaba el buen parecer.

Paseaba Don Mateo los taimados ojos por todas las filas de concurrentes, y al fin llegó á detenerlos sobre mí. Nóté su sorpresa y su enojo en el breve instante que soporté su mirada, y apartando la mía, quedé inquieto y nervioso mientras permanecí en el salón.

Las copas que preceden al almuerzo comenzaron á circular. Los asistentes se limitaban á alzar la suya, dirigiéndola á Vaqueril, y á inclinar la cabeza antes de apurar el contenido: cada cual reservaba su bríndis para la hora oportuna temiendo gastar en sal-

vas la pólvora apercibida para el combate. El *cognac* fué ganando terreno en los cerebros, que era ganarle también la confianza y la expansión; de suerte que á la una del día, era aquella sala indescriptible por lo mismo que era inentendible.

La atmósfera estaba opacada por el humo de cien cigarros, y encendida por la traspiración de doscientos cuerpos humanos; los cuchicheos habían subido de punto, en términos de no faltar quien diese de gritos para hacerse oir. Panchito, que entraba con frecuencia atragantándose con un carnero de almendra, extraido de las *cuelgas* recibidas, desesperado porque su padre no le oía, se colgaba de la levita de éste dando chillidos agudos y penetrantes. Vaqueril hablaba de proyectos administrativos con los diputados y el Tesorero, pero con calor y entusiasmo; dos empleados federales le elogiaban á pocos pasos, alzando la voz para ser oidos; un juez y dos catedráticos discutían un punto de Derecho de grande importancia actual, y la gente menuda platicaba en diversos grupos, no ya sentados y con compostura, sino

aun tomándose la libertad de volver la espalda al Gobernador.

En este momento, ví que el redactor de "El Orden Constitucional," periódico oficial del Gobierno, miró su relox y apuntó algo en una cuartilla de papel. Supongo que tomaba nota, pues al día siguiente, en su *Revista del Banquete*, decía: "A la una, la más franca y cordial expansión reinaba entre aquella escogida concurrencia."

V

Los Bríndis.

YA estaban todas las orejas coloradas y todas las pupilas húmedas, cuando los concurrentes se trasladaron al corredor occidental, trasformado en comedor para dar cabida á larga mesa de sesenta cubiertos. Entre uno y otro pilar de la galería se habían colocado hojosas ramas para refrescar el sitio, y muchas guirnaldas y coronas de flores adornaban pared y techo.

Sentóse Vaqueril en una cabecera de la mesa, y en este momento apareció en la escena la Gobernadora, prendida y ataviada con lujo, negro más que nunca el cabello, y